

F 1233

H 521



FONDO
BERNANDO DIAZ RAMIREZ

INTRODUCCION.

I.

Desde que las desgracias y los desórdenes de México obligaron á la Europa á enviar sus fuerzas de mar y tierra á aquellas comarcas, los enemigos de aquella expedicion trataron de desnaturalizar las causas que las produjeron. El desacuerdo que surgió entre los plenipotenciarios de las tres potencias interventoras, apenas se reunieron en Veraacruz, llenó de esperanzas y dió mayor brio á la actitud de sus enemigos.

Preocupada la Europa con sus propios acontecimientos políticos, no habia tenido tiempo ni voluntad para estudiar los de la América española, y de ahí la facilidad con que pudo influirse en la opinion pública en un sentido desfavorable á una causa justa en su origen, y que habria sido fecunda en sus re-

sultados si los acontecimientos que estaban fuera de toda prevision humana, de que nos ocuparemos un día, con la franqueza que conviene á la verdad histórica, no hubiesen venido á destruir tan legítimas esperanzas.

Lo que ahora intentamos dar á conocer, es lo ocurrido sobre el establecimiento de una monarquía en México desde 1783, para que se puedan apreciar mejor los últimos acontecimientos, cuya narracion vamos á apoyar en documentos oficiales. Con nuestro trabajo nos prometemos convencer á los enemigos de buena fé, de que la expedicion europea, tan calumniada, fué impuesta á la Europa por las circunstancias excepcionales en que México se encontraba. A los que han combatido esa expedicion por pasiones políticas ó intereses privados, que han usado armas de mala ley para atacar á las personalidades que no ocultaban sus esfuerzos y sus esperanzas, les dejamos en el goce del triunfo que han alcanzado, si su conciencia no viene á turbarlo.

Luego se echará de ver que nosotros no creamos los acontecimientos; lo que hicimos fué aprovecharnos de los que se presentaron porque conducian á nuestro propósito; y no rehuimos la responsabilidad, si la hay, de haber asegurado á los gobiernos europeos que el sentimiento monárquico existia en México. Al ver á la Europa aparejar sus escuadras, la dijimos: «No os limiteis á vengar los agravios

« que se os han inferido y á salvar nuestros intereses; sed generosos y tended una mano salvadora á la gente de bien, que os bendecirá si la amparaís y os recibirá con lluvia de flores y gritos de alabanza.»

Tan meritoria empresa no habria durado mas de seis meses, sin el desacuerdo de los plenipotenciarios europeos; pero cuando las cosas volvieron al estado de que nunca debieron apartarse, nuestra prediccion se cumplió al pié de la letra.

La historia nos ofrece ejemplos de actos como los nuestros, que han merecido de ella un juicio favorable; y si en nuestra pequeñez no podemos compararnos á los personajes que los han ejecutado, no les cedemos ni en buenas intenciones ni en patriotismo. La Inglaterra, tan celosa de su dignidad y tan conocedora de sus intereses, envió en 1688 á Edward Russell, uno de los ilustres antecesores del que en nuestros dias ha sido tantas veces ministro de Negocios extranjeros de S. M. B., para asegurar al príncipe d'Orange « que las diez y nueve vigésimas partes del pueblo inglés deseaban un cambio y se levantarían espontáneamente para alcanzarlo si pudieran obtener *el apoyo de una fuerza extranjera* bastante para impedir que los que tomasen las armas fuesen diseminados y degollados antes de haber podido organizarse militarmente; « añadiendo, que si Su Alteza iba á Inglaterra á la

« cabeza de algunas tropas, los ingleses á millares irían á agruparse á su estandarte, y así se encontraría con fuerzas superiores á la totalidad del ejército de Inglaterra. »¹ Sabido es que ese príncipe, que con el nombre de Guillermo III reinó después en Inglaterra, murió dejando al país en paz y prosperidad.

Y en nuestros días hemos visto á la Grecia emanciparse de la Turquía, gracias á las fuerzas de la Francia, de la Inglaterra y de la Rusia, que después de la batalla de Navarino establecieron allí una monarquía con un príncipe extranjero.

Y luego hemos visto emanciparse á la Bélgica, y con el apoyo de las grandes potencias establecer allí una monarquía con un príncipe extranjero.

No vemos, pues, por qué lo que se ha aplaudido en Europa ha de vituperarse en México, país gobernado más de cuatro siglos por la monarquía más absoluta que han conocido los tiempos modernos; autoridad paternal, es verdad, pero que había establecido la obediencia pasiva, ya en el orden público, ya en el religioso, arraigando en aquellas regiones todos los elementos que constituyen una sociedad monárquica, con cuyas tradiciones no puede romperse en un día para proclamar una libertad completa, no conocida ni preparada, sin caer en los

¹ Lord Macaulay, Historia de Inglaterra, t. III, cap. IX.

desaciertos y descomposición en que ha caído aquella hermosa parte del Nuevo Mundo.

Los Estados-Unidos, cuyos colonos llevaron allá franquicias é ideas de libertad no sospechadas siquiera en la América española, que vivieron largo tiempo interviniendo en su gobierno interior, hasta el punto de que ya en 1692 la asamblea de Massachusetts decretaba « que ningún impuesto se levantara sin su consentimiento; » los Estados-Unidos, decimos, pudieron proclamar fácilmente la República, y eso que al discutir secretamente en 1787 su constitución, muchos de sus miembros pedían que tuviese una forma monárquica.

Sin tener en cuenta lo que ha producido en México la República, ni los hombres ni las épocas en que se ha intentado establecer allí la monarquía, se ha querido echar sobre nosotros la invención de esos proyectos. Cuando ya en 1783 el conde de Aranda señalaba á Carlos III la monarquía como el único medio de salvar aquellos países; cuando Iturbide, libertador de México, secundado por gefes españoles y mexicanos, proclamaba la monarquía con un príncipe extranjero; cuando esto lo aprobó el mismo virrey de España; cuando el general mexicano Pedraza, diputado de las Cortes españolas, más tarde presidente de la República, al secundar á Iturbide combatía en su proclama « esas teorías brillantes de republicanismo, que no son realizables en nuestro

suelo;» cuando Bolívar, el libertador de la América del Sur, aleccionado por una funesta experiencia, intentó fundar allá una monarquía con un príncipe extranjero; cuando Chateaubriand en el reinado de Luis XVIII y Villèle en el de Carlos X proyectaron establecer el primero monarquías franco-españolas, y el segundo colocar al infante de España D. Francisco de Paula en el trono de México; cuando el Brasil, que se hallaba en idénticas condiciones que México, goza con el sistema monárquico que proclamó desde su independencia, de paz y prosperidad; cuando el baron Ciprey, ministro de Luis Felipe en México, escribía «que la monarquía era el único remedio que podía salvar á aquel país;» cuando el ministro de Inglaterra en México en aquella época, Sir R. Pakenham, escribía también «que las cosas extrañas que allí pasaban venían á confirmar la exactitud de los juicios de los que pedían la monarquía;» cuando el mismo *Journal des Débats*; cómo cambian los tiempos! aplaudía en 1842 los planes monárquicos de Gutierrez Estrada; cuando el ilustrado de Mofras, enviado con una misión á México por el mariscal Scult, presidente del consejo de ministros, volvía á Europa diciendo que «los mineros, los propietarios, los negociantes honrados, la antigua nobleza, todas las familias en que se encuentran las virtudes españolas, los sentimientos de honor y de lealtad, echan de menos el gobierno monárquico y

hacen votos por su restablecimiento;» cuando el general Paredes, presidente de la República, proyecta restablecer la monarquía y ofrece el trono á un príncipe español; cuando el general Scott, á la cabeza del ejército invasor de los Estados-Unidos, entra en la capital de México con la espada levantada, anunciando «que iba á destruir el partido monárquico;» cuando Santa-Anna, en la plenitud del poder mas fuerte que había en México, pide á la Europa un príncipe extranjero; cuando el partido monárquico envía agentes á ofrecer la corona á un príncipe de Orleans; cuando el presidente Zuloaga pide la intervencion extranjera; cuando repite la misma súplica el presidente Miramón; cuando Palmerston declara en el parlamento, al hablar de México, «que la naturaleza del sistema republicano hace muy difíciles las relaciones con aquellos países;» cuando lord Cowley, embajador inglés en Paris, decía, con su desden británico, «esa gente necesita una monarquía; de otra manera tendrán siempre la anarquía y el desorden;» cuando el comodoro inglés Dunlop escribía á su gobierno «que la monarquía era la única forma de gobierno que podía dar la paz y el orden á México;» cuando Sir Ch. Wyke, ministro inglés allí, escribía también á su gobierno «que no veía mas remedio para aquel país, que la intervencion extranjera y la elevacion del partido moderado;» cuando los ministros de Prusia y de

Bélgica escribían á sus gobiernos las tendencias monárquicas de aquel país; cuando el senador francés Chevalier, que ha vivido en el país y que tan mal ha hablado de la República, reconoce « que los mexicanos que racionan desean el establecimiento de una monarquía, ya que el curso de los sucesos no ha hecho mas que fortificar las opiniones monárquicas que se han manifestado desde el plan de Iturbide, y que las tradiciones que determinaron el éxito de ese plan no se han perdido, razon por la cual el ejército francés no encontraria gran resistencia ni envenenaria la guerra; » cuando el rey Leopoldo encuentra bella la empresa; cuando el mariscal Forey anuncia á su gobierno que el entusiasmo de la poblacion rayaba en delirio el dia de su entrada en México, y que ese recibimiento era un hecho *sin igual en la historia*; cuando el que se hizo al emperador Maximiliano llegó hasta la idolatría, y en fin, cuando el país se pierde y se muere con la República, se nos viene á decir que la idea de la monarquía es una quimera, una imposibilidad!

Pero ni los ejemplos de la historia, ni la elocuencia de los hechos, ni los gritos de la gente de bien, ni la serenidad de la conciencia, nada salva á los autores de una empresa malograda; solo se ve el mal éxito, y no hay aplauso por los esfuerzos, respeto por las creencias, simpatía por el silencio con que se devoran las amarguras y se calla lo grave de

los compromisos, por las envidias que se amontonan y por las ingratitudes que se experimentan. Triunfad como queráis, pero triunfad; entonces os vereis saludados como discretos y entendidos, como lo hemos sido nosotros mismos en los momentos del triunfo; pero sucumbid aunque sea con honra, entonces se os llamará insensatos é imprevisores!.....

II.

Una gran empresa ha fracasado. Pero la catástrofe con que ha terminado nada puede contra la bondad del sistema, ni contra la oportunidad con que se quiso aplicar el remedio que habia de concluir con esa época de desunion y matanza, de lágrimas y miserias. Queríamos establecer un gobierno fuerte y de progreso, que aplicase, en cuanto fuese posible con el orden y el principio de autoridad, una libertad ilustrada, no esa democracia, como la calificaba el venezolano Sr. Baralt, « agresiva y callejera, discola y perseguidora, que mata en vez de vivificar, que trastorna sin fruto los fundamentos de la sociedad, que cifra la libertad en la tiranía de las turbas, y la igualdad en el reinado de la anarquía. . . . »

Hemos sido vencidos en el terreno de los hechos,

pero no en el de la razon y de la justicia. Sin embargo, reconocemos que el prestigio de la monarquía no podrá ya nunca jamas levantar á aquellos países de la postracion y desórden en que se encuentran; pero las repúblicas hispano-americanas tampoco hallarán en su sistema prosperidad alguna, y desde el Rio Bravo al Cabo de Hornos están condenadas á sucumbir á su propia debilidad. Los hispano-americanos que en Europa mostraron deseos de seguir el ejemplo de México¹, deben ya, como nosotros, renunciar á toda esperanza de proyectos monárquicos, y consolarse con sus buenas intenciones. En cuanto á nosotros, despues del ahinco y perseverancia que hemos mostrado en esta empresa, consagrándola toda nuestra alma, todas nuestras fuerzas, podrá dolernos, como tanto nos duelen las desgracias que han caido sobre ella; pero al renunciar para siempre á toda ingerencia directa ó indirecta en los negocios de México, nos quedamos con

1 ¿Qué importancia, señores, no tendria esa expedicion para América, para aquellos desgraciados países que han sufrido y que están sufriendo aún en muchas partes los horrores de la anarquía, al ver que aquel país que tantas relaciones tiene con nosotros, donde corre la misma sangre que por nuestras venas, habia encontrado apoyo para sus reclamaciones, que sus clamores habian tenido eco y no abrigaban ya recelos de que se hiciese con ellos lo que hasta entonces se habia venido haciendo?

Yo, señores, puedo decir que he tenido que cerrar las puertas de mi casa en París á las muchas personas que venian á buscar la bandera española como la única que tomaba la iniciativa en una cuestion tan grave. (Discurso del diputado Sr. Mon, embajador de España en París.)

la pobreza con que entramos en esa noble empresa, no habiendo salvado de este naufragio mas que la conciencia y la dignidad.

Para la Europa será otra cosa. Un dia llegará en que los Estados-Unidos, esa República que nació pigmea y es ya gigante, señoreará exclusivamente en el continente americano. Cuando acabe por dominar los istmos que separan los dos Océanos, y tenga así en sus manos las vias mas breves y seguras de comunicacion con el Asia, que tanta importancia comercial va adquiriendo; cuando dueños de las mas abundantes minas de plata, que son las de México, tengan el monopolio de ella, como tienen ya del oro, desde que arrancaron á México la California; cuando la poblacion europea que atraen incessantemente les lleve la industria y no tengan necesidad de enviar á la Europa sus primeras materias, que existen lo mismo en México que en los Estados-Unidos, en cambio de su industria; cuando por otro lado dominen las Antillas y el golfo de México, y poblando esta parte del continente americano con esa raza que destruye, pero no asimila los pueblos que conquista; cuando desaparezcan los vestigios de la civilizacion española, como ha sucedido ya en California y en Nuevo-México, y dueños en fin de aquellas riquezas, de un gran territorio, de los dos mares y de todos los elementos para crear una marina mercante y de guerra sin rival, entonces los

Estados-Unidos se levantarán con mas fiereza aún y extenderán sus brazos hasta venir á tocar las mejillas de la Europa! . . .

En cuanto al príncipe desgraciado que ha sucumbido tan dignamente, no es tiempo ahora de referir las desgracias que le acompañaron, ni los errores que se cometieron. Ante una tumba no cerrada todavía, ante el dolor que nos domina, ante el recuerdo de lo que un día le amamos y de nuestro culto mientras le servimos, no debemos mas que doblar la rodilla y elevar nuestras pæces al Señor para que le reciba con misericordia. ¡Ah! se abren las carnes y saltan las lágrimas del corazon al pensar en el trágico fin de ese heróico personaje arrancado á la vida por el plomo lanzado á la voz de mando de un niño que no supo sin duda lo que hacia! . . . El nombre de Maximiliano pasará á las generaciones venideras que lo repetirán con emocion y respeto, asociando á su augusto nombre los de Mejía, Miramon, Mendez y de tantos otros que perdieron la vida al lado de su soberano con la serenidad de los valientes, aclamando el Imperio, y con la fé en la justicia de Dios.

J. HIDALGO.

Paris, 12 de Diciembre de 1867.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

Proyecto del conde de Aranda en 1783.—Situacion de México.—Se ofrece la corona á las casas de Borbon ó de Austria.—Lo aprueba el virey.—No lo acepta España.—Coronación de Iturbide.

Todos los males de México y de toda la América española traen su origen del ningun caso que se hizo en el reinado de Carlos III de los consejos del prudente conde de Aranda, que en una Memoria presentada á S. M. en 1783, le decia: «Vuestra majestad debe deshacerse de todas sus posesiones en todo el continente americano, y no conservar mas que las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional, y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional, á fin de que nos sirva como de escala ó depósito para el comercio español. Para llevar á cabo este gran pensamiento de una manera digna de España, es preciso establecer tres infantes